

El documental: ¿qué? y ¿para qué?

Esta charla es sobre el hacer documentales, específicamente documentales sobre plaguicidas, sociedad y ambiente, y sobre las dificultades que tiene o puede tener esta actividad.

El documental científico trabaja con la inteligibilidad de lo complejo, de lo ignorado, y uno de sus atributos es la capacidad de resumir sin hacer grandes sacrificios en el conocimiento teórico. Podríamos definirlo como el arte de resumir. Esto puede comprenderse mejor si consideramos que se dedican meses de trabajo, de investigación, charlas, lecturas, reflexiones, escritos, antes de producirlo, filmarlo y editarlo. Se dedican meses de trabajo, cientos de horas, para un producto que luego tiene unos 50 min de duración, y que en ese tiempo tiene la obligación de entretener, informar, educar, y si es posible emocionar.

Según Renov, las funciones del documental se agrupan en cuatro tendencias:

- Registrar, mostrar o preservar
- Persuadir o promover
- Analizar o interrogar
- Expresar

Estas funciones van cambiando según el grado de compromiso del realizador con la pieza. De la más simple función documental de registrar un hecho son mayores comentarios, se llega a una función expresiva que podríamos suponer en el límite entre lo documental y lo artístico, el documental como un medio que el realizador emplea para expresar su emoción.

Existen muchos tipos de documentales, muchos formatos diferentes, lo que lleva a algunos realizadores a afirmar que el documental es una de las prácticas audiovisuales con mayor capacidad de experimentación expresiva. Sin embargo, tienen características que permiten definirlos como documentales. Según Bill Nichols el documental debe ser definido en función de tres ejes:

- Desde lo textual, los documentales se construyen en torno a un contenido informativo.
- Desde el punto de vista del realizador, la realización documental tiene nivel institucional por el cual los realizadores se reconocen entre sí como documentalistas.
- Desde el espectador, a las afirmaciones del documental se les asigna un “valor de verdad”.

Es importante destacar esto último. En la ficción, se establece entre el texto y el espectador un pacto de verosimilitud, el universo ficticio es aceptado por el espectador para poder celebrar el hecho estético de ver la película. En el documental, en cambio, el espectador establece con el texto documental un pacto de veracidad, acepta la veracidad de lo que el texto dice. Es una forma de lectura del texto fílmico, una asignación de significados característica del documental. Así, el rótulo institucional de “documental” hace que la recepción del espectador sea distinta a la que tiene de una película de ficción.

Pero lo que nos interesa es indagar sobre los distintos niveles de dificultad que tiene el abordaje documental sobre plaguicidas, sociedad y ambiente. Por esa razón, luego de

Plaguicidas y documental, un abordaje con niveles múltiples de dificultad.

Marcelo Viñas

enunciar algunas limitaciones propias del documental como pieza de comunicación, trataré de ordenar las dificultades ayudándome con los distintos ejes que definen el documental según Bill Nichols. De esta manera, primero revisaremos las dificultades desde lo textual, luego desde el universo de la realización y más tarde sobre el conjunto de convenciones que existen detrás de la noción de “valor de verdad”.

Limitaciones del documental

Un documental es una pieza de comunicación construida en base a ciertas características, que aborda un tema bajo una perspectiva amplia y documentada, cuyas imágenes son relevantes e ilustrativas del tema, y que pueden ser registradas durante el suceso de los hechos. La narración está estructurada en base al desarrollo de historias contadas en off o con testimonios de testigos y personas idóneas, información técnica, o una combinación de estos elementos.

Un documental es una forma particular de contar una historia. Cada persona establece un vínculo cognitivo con el documental, que será determinado por su filosofía, su historia, su lenguaje, sus preferencias estéticas, etc. Así, quien otorga significado al documental es el espectador, y la forma en que la historia se cuenta suele ser definitoria para que el documental cumpla con su función comunicativa.

Un documental se construye en base a un sistema filosófico explícito o implícito, que debe ser compartido por el espectador. Al igual que en el caso anterior, la falta de coherencia filosófica entre el contenido del documental y el espectador puede dar resultados desastrosos, a menos que los presupuestos filosóficos sean expresamente enunciados, dando un marco al contenido.

El documental tiene una dimensión ética y una estética. Contribuir al cambio de percepción en el espectador, brindándole las herramientas conceptuales para que pueda realizar ese cambio, y dejando aclarado los presupuestos filosóficos empleados para desarrollar el contenido, es en síntesis la dimensión ética del documental. Pero para que ésta ocurra, el espectador tiene que ver el documental, y esto impone una condición de orden estético. Si el espectador se aburre o se siente tratado de manera inadecuada deja de ver. El desafío de un documental también es entretener y emocionar, tanto como informar, educar y polemizar.

Dificultades desde lo textual

El abordaje documental del uso de plaguicidas y sus consecuencias sobre el ambiente y la salud humana implica trabajar con contenidos de diversas disciplinas, desde la química hasta la ecología, pasando por la medicina y la biología. Además, la imbricación del uso de plaguicidas en el contexto mayor de un sistema productivo agrega una dimensión socioeconómica que requiere otro tipo de análisis. Por otra parte, muchos contenidos surgen de la intersección entre distintas disciplinas. Estos son algunos de los niveles del conocimiento que emergen cuando se analizan las consecuencias del uso de plaguicidas en la agricultura industrial y que constituyen un escenario complejo. Esta complejidad es la materia prima del documentalista, que tiene el desafío de poner a disposición de la audiencia conocimientos muy específicos de manera inteligible, sin ser experto.

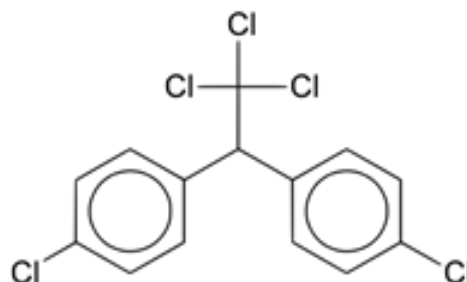
Para comprender de qué estamos hablando, veremos el ejemplo de cuatro de los plaguicidas más famosos y sus mecanismos de acción.

Plaguicidas y documental, un abordaje con niveles múltiples de dificultad.

Marcelo Viñas

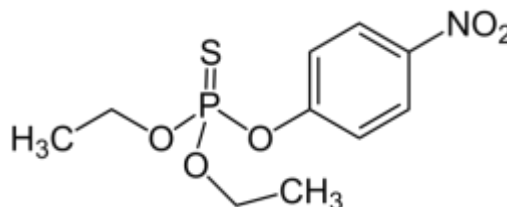
DDT (Dicloro difenil tricloroetano) 1,1,1-tricloro-2,2-bis(4-clorofenil)-etano

El DDT fue sintetizado en 1874, pero su desarrollo tuvo lugar en la década del 1930 y el investigador que lo desarrolló recibió el Premio Nobel de Medicina. El DDT permitió la guerra del pacífico, el final de muchas plagas y el combate del paludismo. Se supone que actúa a nivel de la transmisión del impulso nervioso a lo largo del axón.



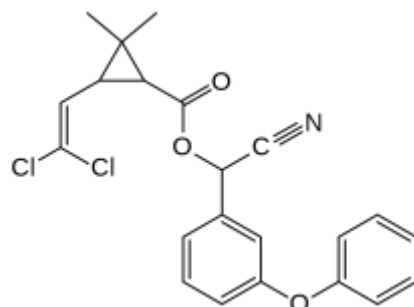
PARATHION O, O-Dietil-O-4-nitro-feniltiofosfato

La acetilcolinesterasa es una enzima reversible, que se carboxila o se descarboxila rápidamente. Con el paratión o el paraoxón un metabolito también tóxico, la enzima se fosforila, y adopta una conformación estable, irreversible, inhibiendo su función. Esto produce la acumulación de acetilcolina y la interrupción de las sinapsis.



CIPERMETRINA Carboxilato de RS-9-alfa-ciano-3-fenoxibenzil (1RS) cis-trans-3-(2,2-diclorovinil)-2,2-dimetil-ciclopropano

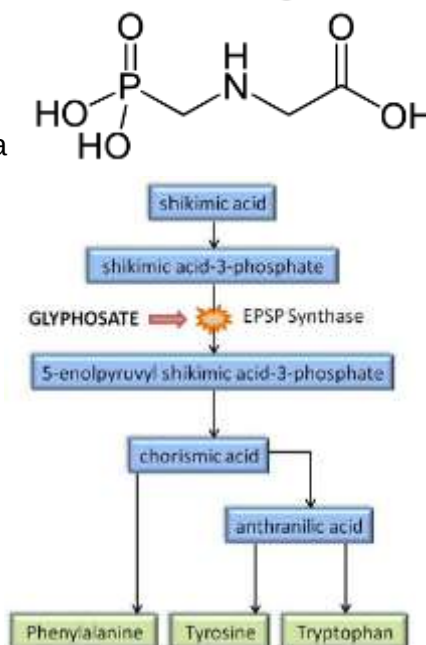
La cipermetrina actúa sobre proteínas de membrana ubicadas a lo largo del axón de las neuronas, y que reaccionan a cambios en la carga. El efecto es una sobre-exitación de l sistema nervioso y más adelante la parálisis del mismo. Aunque en un principio se asumía su baja toxicidad para aves y mamíferos, ahora se conocen muchos otros efectos nocivos, como la de comportarse como disruptor endocrino.



GLIFOSATO N-(fosfonometil) glicina

Una vez absorbido por la planta, el glifosato se une a la enzima enolpiruvilsiquimato-3-fosfosintasa (EPSPS), y la bloquea.

La enzima EPSPS se encuentra al principio de la vía del ácido siquímico, que participa en la síntesis de aminoácidos aromáticos y otros metabolitos importantes en la planta. La enzima, dentro de los cloroplastos, cataliza la reacción de sikimato-3-fosfato (S3P) y fosfenolpiruvato para formar 5-enolpiruvilsiquimato-3-fosfato (ESP). El glifosato se une a la enzima por su



Plaguicidas y documental, un abordaje con niveles múltiples de dificultad.

Marcelo Viñas

parecido con el fosfenolpiruvato, inhibiendo su actividad.

Estos pocos ejemplos sirven para mostrar que tanto a nivel químico como a nivel de los mecanismos de acción biológica, la complejidad representa una enorme dificultad a la hora de comunicar. Si a esto le sumamos los efectos sobre la salud humana y ambiental, lo que implica otros conjuntos de conocimientos específicos, entramos en un laberinto terminológico que es el combo ideal para ahuyentar espectadores.

El documental tiene el desafío de traducir conocimientos de este tipo en un relato coherente, sintético y que de alguna manera reproduzca ese conocimiento. Como vimos, es el espectador quien extrae significado del documental, y la forma de contar la historia va a definir si el documental cumple o no con su función comunicativa. Lo normal es que el espectador no sea un experto, y esto representa una limitación para documentales con mucho contenido técnico. Gran parte del trabajo de síntesis tiene por objeto superar esta limitación cognitiva. Claro que este ejercicio de traducir un texto técnico a un lenguaje más comprensible tiene sus riesgos y requiere mantener un cierto equilibrio dentro del cual ambas descripciones mantengan alguna correspondencia. El documental tiene la obligación de asumir que el espectador es analfabeto en el tema, pero nunca debe menospreciar su capacidad de razonarlo.

Dificultades desde el documentalista

El documental sobre plaguicidas y temas relacionados, cuenta con el analfabetismo de la mayor parte de sus espectadores, y esa es una dificultad importante. Pero además, cuenta también con el analfabetismo del documentalista. Y aquí aparece un problema de un nivel superior. Tener la capacidad de hacer inteligible un texto técnico, implica la previa comprensión del texto. Más allá del estilo de documental que se haga, la comprensión de aspectos técnicos se alcanza mejor cruzando información de distintos referentes durante el desarrollo del proyecto y la producción del documental.

Este último punto es a mi modo de ver fundamental para la construcción de credibilidad. Por qué: porque bajo el mandato del entretenimiento es muy fácil caer en la tentación de incluir historias simples y fuertes, pero que su relación con el tema puede ser arbitraria, parcial o directamente nula, y que por desconocimiento el realizador no tiene las herramientas para descartarlas. Me ha tocado tener que descartar historias muy fuertes, de gran contenido dramático, porque su vinculación con el tema de los plaguicidas era demasiado forzada, o estaba incluida en un conjunto de muchas otras causas que no fueron analizadas. En los casos de ciertas patologías, reducir su ocurrencia a la presencia de tóxicos ambientales puede ser incierto o directamente falso. Por eso es importante, ante una duda, contrastar la información con otros especialistas y hacer un balance.

Encaminado con lo anterior, hay una preferencia de los documentalistas por privilegiar historias que tengan como condimento patologías graves como el cáncer o que involucren niños. Digamos que si una historia tiene un caso de cáncer o involucra directamente la enfermedad o muerte de niños es ideal para ser incluida en el documental. Está claro que esto impresiona a la audiencia. En contrapartida, si el caso tiene patologías menos impactantes, es candidato a ser eliminado inmediatamente, y se puede estar dejando afuera historias no sólo relevantes sino también conmovedoras.

Plaguicidas y documental, un abordaje con niveles múltiples de dificultad.

Marcelo Viñas

Sabemos que los plaguicidas son venenos, es decir sustancias diseñadas y producidas con el objeto de matar seres vivos, sean plantas, animales, hongos, protistas o moneras. Además de actuar sobre sus especies blanco, también afectan a muchos otros organismos, incluidas las personas, y muchas veces no producen cáncer ni matan niños, y no por eso son menos peligrosos.

Hace unos años, haciendo un documental sobre el modelo forestal en la Mesopotamia, documenté el impacto de una enorme pastera sobre la salud en un pequeño pueblo del norte misionero. Un pediatra contaba que cada vez que la pastera iniciaba cierto proceso industrial, desencadenaba una epidemia de afecciones respiratorias en toda la comunidad, como asma, bronquitis, etc. El médico estaba muy preocupado por esto. Antes había un caso de asma cada 30 niños, ahora la proporción superaba el 60 %. Está claro que nadie moría, pero el médico estaba muy preocupado igual. Su planteo era muy simple: ¿cómo es la calidad de vida de una persona que durante toda su vida tendrá que estar medicada por afecciones respiratorias? Evidentemente la pastera estaba arruinando la vida de mucha gente, sin someterla al cáncer o a la muerte. Las veces que el médico intentó llamar la atención de medios de comunicación nacionales, los periodistas y productores le preguntaron sobre el cáncer, y ante su respuesta, desestimaban hacer una nota.

Para ir terminando con lo concerniente a los documentalistas, quiero agregar otra limitación que particularmente me preocupa, y es la escasa inserción que tiene el nivel ecológico en la producción documental argentina, incluyendo las piezas que involucran a los plaguicidas.

Los efectos ecológicos del uso de plaguicidas son múltiples y en gran medida invisibles. Los venenos no sólo afectan a las especies problema, también a sus depredadores y a los que compiten con ellas, a otras especies que no tienen relación, a especies que están fuera de su dominio de acción, a especies que están fuera de sus territorios, etc. etc. El uso de herbicidas no sólo afecta a las plantas, también a los animales que se alimentan de ellas, a los que las necesitan para reproducirse, a los que las polinizan, afecta la diversidad y abundancia de las plantas de una comunidad, etc. Uno puede deliberadamente dejar afuera la dimensión ecológica porque es una decisión de la producción y porque excede el objetivo del documental. Y también puede dejarla afuera porque no la comprende, porque no la considera importante, porque la ignora. La ausencia sostenida del ambiente, la naturaleza, en la producción documental argentina, sugiere que más allá de ser el producto de decisiones conscientes, es el síntoma de una carencia sistemática de lo ecológico en la formación ciudadana.

En nuestro país, el documental se focalizó tradicionalmente en la realización de material antropológico, político, social. Existen numerosos y excelentes trabajos en este sentido. Esta escuela, iniciada en la década del 1960 y consolidada en la de 1970 y 1980, era llevada adelante por realizadores comprometidos con la realidad social, con formación política, muchos de ellos con una militancia que los obligó al exilio, cuando no los llevó a la desaparición y muerte en la última dictadura militar.

Estos cineastas centraron su interés en el ser humano, generalmente en el sufrimiento del ser humano o en su imposibilidad de realizarse como tal. Cuando en la década de 1990 comienza a aparecer la noción de medio ambiente en ámbitos sociales, estas escuelas de documental comienzan paulatinamente a incorporar al medio ambiente en sus películas. Su forma natural de hacerlo fue a través del ser humano, un ser humano que ahora tiene como fuente de sufrimiento el ambiente. Muchas de las

Plaguicidas y documental, un abordaje con niveles múltiples de dificultad.

Marcelo Viñas

producciones socio-ambientales, se basan en la preexistencia de un “conflicto socio-ambiental”, que genera sufrimiento en el ser humano. El ambiente toma entidad a través del conflicto, y el eje de la cuestión sigue siendo social. El ambiente no es una dimensión sobre la que se comunica, es un escenario en el que viven las personas sobre las cuales se comunica, y que otorga los componentes necesarios para describir o participar del conflicto. Lo que puede pasar, es que los efectos de los plaguicidas sobre los ecosistemas y la biodiversidad queden diluidos en la producción documental, y su enorme magnitud y su profunda importancia no sean puestas al alcance de los ciudadanos.

Las tendencias actuales avanzan hacia una posición de los realizadores más radicalmente centrada en el ser humano, en el hallazgo de nuevas formas expresivas en el género, en la inclusión del arte como objeto principal del quehacer documental, y en las búsquedas del llamado “documental de autor”.

El enfoque tradicional del documental social, empleado para analizar un tema como el de los plaguicidas, reduce la posibilidad de encontrar encuadres más ecológicos desde donde abordar los contenidos. En el actual contexto de calentamiento global y cambio climático, pérdida de biodiversidad y crisis de extinción, expansión irracional de la economía, soslayar los aspectos ecológicos de cualquier actividad que vincule la sociedad con el ambiente podría considerarse un reduccionismo o una simplificación grosera. En este sentido creo que sería saludable que los documentalistas hagamos un cambio radical.

El “valor de verdad”

Por último, otro tipo de dificultades aparece en relación a la asignación de significados que el espectador hace sobre las afirmaciones del documental. Como vimos, una de las características del documental es que su rótulo institucional hace que la recepción del espectador sea distinta a la que tiene de una ficción.

Está claro que el uso de plaguicidas se deriva de una forma de relacionarse con el entorno ecológico, un entorno que además de personas, tiene aves, mamíferos, insectos, plantas, miles de organismos. Esta forma de relacionarse está basada en un sistema de creencias y valores muy arraigado en la sociedad industrial y lamentablemente basado en premisas erróneas. Estos valores y creencias quedan expuestos cuando se trata de comprender la mecánica interna de una actividad como la agricultura industrial dependiente de plaguicidas. Es importante conocerlos, porque la producción documental los reproduce a menudo.

Los siguientes son algunos pilares del sistema de valores y creencias arraigado en la sociedad industrial occidental:

- El planeta tiene recursos ilimitados
- La ubicación del Ser Humano fuera de la Naturaleza
- La lógica económica
- El pensamiento lineal
- El optimismo tecnológico

El planeta tiene recursos ilimitados

Plaguicidas y documental, un abordaje con niveles múltiples de dificultad.

Marcelo Viñas

La creencia en que los recursos del planeta son inagotables hace tiempo que está siendo cuestionada tanto en ámbitos científicos como a nivel cotidiano. Hoy sabemos que el petróleo se acabará algún día, como el carbón y el gas natural, y también sabemos que no podemos expandir infinitamente la agricultura porque la cantidad de tierra disponible es limitada. Sin embargo, el mito de la superabundancia sigue vigente, alimentando la ilusión de los economistas ortodoxos de izquierda, centro o derecha, de que es posible el crecimiento económico ilimitado. Sin embargo, este mito se enfrenta a una naturaleza finita, a ecosistemas y recursos biológicos limitados.

Una de las consecuencias de esta creencia es la sobreexplotación de los recursos. La sobreexplotación se basa en el derecho percibido de los productores de obtener un beneficio económico antes que otro lo haga, y en el derecho para proteger una inversión económica. Esto genera un ciclo de retroalimentación positiva: mientras el crecimiento es continuo, aumenta la explotación, y aumentan las inversiones. A mayor inversión, mayor interés de maximizar las ganancias, y por ende mayor explotación. La creencia en la superabundancia y en el crecimiento económico ilimitado no permite adoptar formas de producción racionales y basadas en límites ecológicos. En otras palabras, la sustentabilidad es un espejismo.

La ubicación del Ser Humano fuera de la Naturaleza

Pensamos y actuamos presuponiendo una ubicación del ser humano “fuera” de la naturaleza. No es “parte”; a lo sumo está “al lado” de la naturaleza, y debe cuidarla como se cuida a un familiar o a una mascota. La visión antropocéntrica de un ser humano separado de su entorno es relativamente nueva en la evolución humana. Tomó consistencia formal a partir del dualismo cartesiano, y se intensificó a niveles irracionales desde la revolución industrial, a medida que maduraban los fundamentos de la ciencia positivista alimentados por la utilización creciente de combustibles fósiles.

La creencia de que el ser humano está afuera de la naturaleza tiene muchas y devastadoras consecuencias. La visión antropocéntrica lleva a actuar y pensar en una naturaleza al servicio del ser humano, lo cual desemboca en la falacia de suponer que el bienestar humano está por encima del bienestar del ambiente. Así, es justificado y hasta inevitable, sacrificar el ambiente para satisfacer las necesidades humanas. En virtud de la historia es evidente que no hay ningún desarrollo humano posible si se eliminan las condiciones ecológicas que permiten que el ser humano siga viviendo. No existe, además, posibilidad alguna de realización para las próximas generaciones sin ecosistemas saludables y con capacidad suficiente de brindar los servicios ecosistémicos de provisión, de soporte y de regulación.

La lógica económica

Las decisiones productivas guiadas por los “precios”, bajo la consigna del crecimiento económico, tienen normalmente efectos rápidos que la sociedad ve como favorables, pero efectos a largo plazo que no son visibles, y que deterioran la base misma de la economía.

El principal problema con esto es que todo aquello que no tenga un precio asignado no existe. Así surgen lo que los economistas llaman “externalidades”. El desempleo, la desnutrición infantil, muchas enfermedades, son externalidades sociales; la pérdida de biodiversidad, la destrucción de ecosistemas, la contaminación del aire y del agua, son externalidades ambientales. Las externalidades son subsidios socio-ambientales a los negocios de unos pocos. Una industria que contamina ahorra el dinero de la purificación de sus residuos. Una empresa dedicada a la fumigación jamás podría

Plaguicidas y documental, un abordaje con niveles múltiples de dificultad.

Marcelo Viñas

funcionar si tuviera que asistir médicamente a las personas que enferma con sus venenos o realizar aportes económicos para restaurar los ecosistemas afectados. Estos subsidios siempre son asumidos por la sociedad en su conjunto, sea a través de gastos del estado en salud y seguridad, sea directamente a través de la pérdida en la calidad de vida de los ciudadanos, o sea a través de la imposibilidad de que las futuras generaciones puedan gozar de un entorno eco-social saludable en el cual desarrollarse. En definitiva, al asumir las externalidades, todos los ciudadanos de la presente y de las futuras generaciones estamos subsidiando negocios de corto plazo que no representan beneficios más que para sus operadores directos. Cuando una empresa cualquiera no asume sus propias externalidades como un costo primario, su conducta es antiética e inmoral, cuando no directamente criminal. Cuando los gobiernos fomentan este funcionamiento, son cómplices.

Pero hay otra razón más. Al incluir en su descripción sólo aquellos componentes del intercambio ecológico a los que se le puede asignar un precio, la economía deja afuera una cantidad enorme de variables y relaciones que no forman parte de su análisis. En este sentido, la economía es un mal modelo de los intercambios ecológicos, y el lenguaje económico es inadecuado para hablar sobre la relación entre sociedad y ambiente.

“Estamos en el siglo 21, tratando de resolver problemas del siglo 21, usando teorías económicas del siglo 19; cuando ya no tenemos la física del siglo 19, ni la química del siglo 19, ni la biología del siglo 19, ni la antropología del siglo 19, ni la medicina del siglo 19”. (Manfred Max Neff, 2009)

El pensamiento lineal

El enfoque lineal aplicado a procesos cíclicos y no lineales determina la inviabilidad ecológica de los ecosistemas. Al perder de vista la enorme trama de procesos cíclicos retroalimentados, y tratarlos a partir de unas pocas variables en función sólo de la visión económica, no sólo negamos la integridad ecológica del sistema sino que simplificamos nuestra capacidad de acción, volviéndonos poco reactivos a las señales de deterioro.

El problema radica que aplicamos modelos lineales de pensamiento a sistemas que no son lineales en su funcionamiento. La aplicación sostenida de modelos mentales lineales, produce la degradación de los bienes naturales por la pérdida o ruptura de la circularidad de muchos de sus procesos. La mayoría de los científicos y técnicos relacionados a la producción agropecuaria industrial emplean una lógica lineal para encontrar soluciones técnicas a determinados problemas. Su determinismo tecnológico es a veces sorprendente, y otras veces parece predicar de una fe irracional en la ciencia y en la tecnología. Lo cierto es que más allá de los credos profesados por cada investigador, el contexto en el que deben hacer sus preguntas y encontrar sus respuestas es determinante en ambas. A los investigadores se les exige que sus respuestas tengan valor en un sistema dominado por la lógica económica y el pensamiento lineal, y por el mantenimiento o aumento de la productividad de los sistemas agrícolas en una coyuntura dada por los precios.

El optimismo tecnológico

Los problemas se solucionan apelando a artilugios técnicos. Los problemas que generan los artilugios técnicos se solucionan con nuevos artilugios técnicos. El conocimiento científico debe marcar el rumbo de las decisiones políticas y de manejo.

Plaguicidas y documental, un abordaje con niveles múltiples de dificultad.

Marcelo Viñas

El optimismo tecnológico va de la mano con el mito de la superabundancia, y es la salida ideal cuando se enfrenta al agotamiento de un recurso. Hay una fe irracional en que se encontrarán nuevas soluciones a los problemas del futuro, así como los problemas del pasado tuvieron su solución. Esta falacia está reforzada por la ilusión de que siempre tendremos energía barata disponible.

Un resultado no deseado

Este sistema de creencias tiene resultados patológicos, algunos de ellos de extrema gravedad. Vamos a mencionar uno de ellos, que fue tipificado por algunos autores como “las soluciones adictivas”. Estas “soluciones” son medidas circunstanciales para atacar un síntoma, que a través de la costumbre se transforman en prácticas dogmáticas que nadie dentro del sistema podría cuestionar seriamente sin arriesgarse a ser considerado utópico, ridículo, inadaptado o “radical”. Dado que no resuelven los desequilibrios iniciales, las soluciones sintomáticas generan dependencia, son adictivas, porque trabajan fuera del sistema, sin reconocer los procesos mayores que se encuentran en problemas. Una vez dogmatizado su uso, la industria y el estado se ocupan de encontrarles algún beneficio social o económico, y se pierde de vista la importancia de solucionar las causas primarias.

Cuando las soluciones sintomáticas causan nuevos problemas, se buscan nuevas soluciones sintomáticas para resolver los problemas causados por las primeras. A los problemas generados por medidas circunstanciales y adictivas, se proponen nuevas soluciones circunstanciales y más adictivas. A veces sólo se trata de subir la “dosis”. A medida que se avanza de “solución” en “solución”, la integridad de los ecosistemas y la sociedad retroceden de manera irreversible.

Un buen ejemplo lo constituye el Glifosato como insumo estratégico. Hace unos años, una polémica desatada en torno al herbicida glifosato generó una vehemente respuesta por parte del gobierno, de las asociaciones de productores y de los institutos de investigación. Prohibir el glifosato era como quitarle el agua a un sediento. Esto quedó expresado claramente en un mensaje presidencial donde en un párrafo se afirma que se creará una comisión especial para investigar las denuncias de contaminación en el barrio Ituzaingó de la ciudad de Córdoba, y algunos párrafos más adelante, expresa que se crearán mecanismos para que en caso de aumentar el precio del glifosato, los productores puedan acceder igual a este “insumo estratégico”. Nadie imagina la agricultura argentina sin glifosato (y de hecho sin plaguicidas en general), es decir, el grado de dependencia y adicción es total. Lo cierto es que son muchos los que advierten que esto significa una patología.

Conclusión: El ciudadano informado

Estos son algunos de los niveles de dificultad que surgen cuando se analizan las consecuencias del uso de plaguicidas en la agricultura industrial, y que constituyen un escenario complejo a la hora de plantear la realización de una pieza documental.

Quizá un buen aporte de los documentalistas sería expresar estas contradicciones y hacer visible el conjunto de creencias subyacente al uso de plaguicidas, apostando a producir un cambio en la percepción del espectador. Esto implicaría asumir una transición en el razonamiento de los problemas eco-sociales desde una base filosófica antropocéntrica hacia una eco-céntrica.

Plaguicidas y documental, un abordaje con niveles múltiples de dificultad.

Marcelo Viñas



Pero importa destacar el contexto, es decir ¿dónde estamos parados a la hora de comenzar un documental? ¿Cuál es la situación argentina en materia agrícola y de plaguicidas? Algunos datos ayudan a comprender la situación:

- Anualmente se emplean cerca de 4 millones de toneladas de venenos agrícolas (3,8 en 2017)
- Hay unos cuarenta millones de hectáreas agrícolas en uso.
- Las empresas de agricultura, incluyendo la industria química que produce venenos, contribuyen de manera significativa en la producción primaria del país.
- Las empresas de agricultura, incluyendo la industria química, se cuentan entre los principales auspiciantes en medios de comunicación masiva.
- Las políticas y legislaciones agrícolas tienen preeminencia por sobre las de salud pública y ambientales.
- Aun cuando no haya fumigaciones cercanas, en gran parte de las localidades de la llanura pampeana es casi imposible no estar expuesto a plaguicidas.

La agroindustria sostiene la vergonzosa mentira de que es imposible aumentar o mantener la producción sin recurrir a estos venenos, que la agricultura para el mundo que viene es imposible sin ellos. Aunque esta falacia ha sido refutada cientos de veces, lo cierto es que durante 5 décadas se vienen invirtiendo cientos de miles de millones de dólares en investigación en química agrícola y unas pocas monedas en investigación sobre agricultura natural.

En este contexto en el que la industria química define el tipo de agricultura posible, y que los economistas definen el futuro de los ecosistemas y comprometen el futuro de las nuevas generaciones, es tarea de los documentalistas comenzar a hacer nuevas preguntas.

¿Está al servicio del ser humano una agricultura que intoxica y mata a los habitantes y que amenaza a los ecosistemas? ¿Puede existir un uso “responsable” de venenos? ¿Quién se hace responsable del uso “responsable”? ¿Queremos consumir plaguicidas? ¿Está bien que consumamos venenos dentro de los “márgenes de seguridad” del uso “responsable” o, si tuviéramos la posibilidad, decidiríamos que “nada” es la mejor cantidad? ¿Si aceptamos consumir alimentos producidos con plaguicidas, cuánto veneno estamos dispuestos a llevar en la sangre?

Muchas gracias.